

## RESEÑA DE LIBROS

ALBERT MENNE-NIELS OFFENBERGER (eds.) *Zur modernen Deutung der aristotelischen Logik*. Vol. I: *Über den Folgerungsbegriff in der aristotelischen Logik*, Olms, Hildesheim, 1982, 220 pgs. Vol. II: *Formale und nicht-formale Logik bei Aristoteles*, Olms, Hildesheim, 1985, 262 pgs. Vol. III: *Modallogik und Mehrwertigkeit*, Olms, Hildesheim, 1988, 322 pgs. Vol. IV: *Zur Vorgeschichte der mehrwertigen Logik in der Antike*, Olms, Hildesheim, 1990, 172 pgs.

A. Menne y N. Offenberger, suficientemente conocidos por sus estudios sobre la Lógica Aristotélica, emprendieron la obra de recopilar diversos trabajos de interés sobre ella, fundamentalmente en su relación con la Lógica Moderna. Su conocimiento de la materia y la tradicional seriedad de sus investigaciones, así como la de la Casa Editorial, son ya un aval inicial de la importancia que presentan los trabajos recogidos, material fundamental para los investigadores del área.

El primer volumen está dedicado al estudio aristotélico de la argumentación: concepto de la misma y análisis de textos fundamentales al respecto, a fin de poner de manifiesto hasta qué punto llega el rigorismo formal aristotélico. Trabajos de Lukaszewicz sobre el principio de contradicción y de H. Zwergel sobre la conexión del mismo con los axiomas de las ciencias. De Slupecki, sobre la llamada lógica direccional. Menne se resistió ante una posible visión excesivamente neopositivista del concepto de existencia. Una interpretación del silogismo desde el punto de vista de la lógica matemática. Y una panorámica sobre la reciente literatura acerca de la teoría aristotélica de la Ciencia.

Sigue el análisis de textos: entre los que destaca uno del propio Offenberger, preguntándose hasta dónde pueda determinarse el valor de verdad de ciertos modos silogísticos, para concluir que el principio *ex falso sequitur quodlibet*, tan discutido por otra parte en la escolástica, no es válido en la concepción silogística de Aristóteles.

El segundo volumen se sale de los límites del silogismo, incluyendo varios trabajos del Coloquio de Buenos Aires de 1981 y otros que resultarían casi inaccesibles al investigador. Se compara en él la aristotélica con otras lógicas (A. Menne); el Cap. 13 de los *Segundos Analíticos*, desde el punto de vista de la actual Filosofía de la Ciencia (G. Patzik); la definición real y la nominal (O. Guariglia). Tras un curioso "nuevo" diálogo aristotélico sobre los clásicos prejuicios a la lógica de Aristóteles, Englebretsen estudia la teoría del juicio (siempre desde el punto de vista de la lógica moderna); Menne descubre en Aristóteles una nueva clase de juicio (el *estrictamente particular*) y sus implicaciones silogísticas. T. Ebert demuestra que la cuarta figura no fue para Aristóteles sino la forma indirecta de la

primera. Y Wieland llega a la conclusión de que *no se pueden establecer leyes de conversión para proposiciones con modalidad de posibilidad*. Offenberger, siguiendo con un tema ya tratado en el primer volumen, estudia si el silogismo, para el Estagirita, es una proposición o una regla; y la posibilidad de una interpretación tetravalente de la silogística asertórica. El volumen terminó con una interesante bibliografía sobre Aristóteles.

El tercero —según reza su título— está centrado en los temas de la modalidad y la plurivalencia. Pero dando cabida no sólo al estudio de la modalidad (en sí —incluyendo la modalidad temporal—, o en figuraciones silogísticas) con trabajos de Menne, Schepers, Sainati, Wieland, Weidemann, Mignucci; y de la plurivalencia (Menne, —quien la aplica también a la lógica jurídica—, Patzig, Stoichita, Offenberger), sino también al interesante tema de las proposiciones infinitas (Soreth, Wolfson), y de nuevo al *ex falso sequitur quodlibet* (Wieland, Offenberger-Stoichita), y al de las proposiciones estrictamente particulares, esta vez enfocado desde el punto de vista de la oposición (Offenberger).

Con el fallecimiento del Pfr. Menne, la responsabilidad de la edición recae totalmente en los hombros de Niels Offenberger, quien es el autor exclusivo del volumen cuarto. Offenberger había adelantado ya algunos trabajos sobre la lógica plurivalente —algunos recogidos en los volúmenes anteriores—, y a este tema dedica ahora el volumen completo; para señalar los orígenes de la misma, precisamente en Aristóteles, en cuanto que muchos pasajes de éste pueden perfectamente entenderse en una perspectiva polivalente (de tres y cuatro valores). Precisamente el autor estudia la diferencia entre tales dos interpretaciones, inclinándose por la tetravalente, por cuanto la cree más capaz al momento de la generación de la plurivalencia. Con esto, la lógica plurivalente parece realmente haber tenido también su origen en Aristóteles, con una historia o —como prefiere decir el autor— con una prehistoria de más de veintidós siglos y medio.

La colección —se anuncia— continuará con la traducción de la obra de Lukaszewicz *Sobre el principio de contradicción en Aristóteles* (Volumen V, de próxima aparición), otro volumen más de *Antología sobre la historia de la predicación*, y el VI de Vittorio Sainati, sobre la *Historia del "Organon" aristotélico*.

A. Muñoz

BIARD, J., *Logique et théorie du signe au XIV siècle*, Col. "Etudes de Philosophie Médiévale", J. Vrin, París, 1989, 344 pgs.

A pesar de la suspicacia que la época y sus autores suelen todavía producir habitualmente en nuestros días, el Siglo XIV marca sin duda un hito clave para la

comprensión de toda la semántica medieval, así como en la formación de las actuales teorías semánticas. Dedicar, pues, un estudio al tema está no poco justificado, cuando aún nos falta tanto por conocer sobre el mismo. Sobre todo, cuando—como en el caso que nos ocupa— está hecho con la minuciosidad, precisión y rigurosidad analítica habitual en su autor, quien hábilmente ha sabido sustituir en su estudio suspicacia por perspicacia.

Parte el autor de un hecho no por menos real suficientemente tenido en cuenta en estos caos: la Edad Media es la Edad del Signo; éste constituye la impronta de todas las manifestaciones culturales de la época. La religión con los Sacramentos—signo de la acción de Dios sobre el hombre— y la Biblia, palabra que constituye todas las cosas. La medicina, con los síntomas de diagnóstico. La astrología y sus signos zodiacales, manifestativos de la influencia de los cuerpos celestes sobre los terrestres. La lógica y semántica, estudio de los signos que comportan la expresión intelectual. A fin de cuentas, la cultural medieval estuvo centrada en los Monasterios, lugares en que—en el silencio de sonidos y palabras— campea paradójicamente la palabra: palabra divina celebrada en el Coro, comentada en Capítulo, conservada en el Scriptorium, estudiada en la Biblioteca, meditada en el trabajo manual. Palabra humana—recién nacidos los idiomas romances— igualmente cultivada en sus códices, y mimada en sus estudios.

No podía menos de centrar su estudio en la figura de Ockham. Pero sin caer en la cómoda postura—tan común por otro lado— de reducirse al *Princeps*. Así que incluye el estudio no sólo de sus precedentes (Bacon, Ps. Kilwardby, Scoto), sino de su coetáneo opositor Burleigh; y Buridano y sus discípulos (Alberto de Sajonia y Marsilio de Inghen); logrando la visión completa de un siglo que resume y culmina el pensamiento medieval sobre semántica. Pero, notémoslo bien, sin reducirse tampoco al mero estudio lingüístico del signo, sino haciendo ver cómo éste permea, en sus relaciones, los demás campos del saber, e implica cambios sobre la gnoseología, la Física y—en general— todas las Ciencias de lo real.

Una obra imprescindible para el estudioso de la lógica y filosofía medievales; y sobre todo para los lingüistas, con frecuencia demasiado desconocedores de los estudios que se hicieron en aquella época en su propia disciplina.

A. Muñoz

PEÑA LORENZO  
 Universidad de León,  
 El Ente y su Ser

*El problema que vamos a abordar en este estudio es la relación entre ser así y la existencia o ser a secas.* Efectivamente, Lorenzo Peña se replantea en este extenso, denso, difícil libro el viejo problema de la esencia y la existencia, del ser esto o aquello, y su relación con el existir. El libro se divide en dos partes fundamentales: la primera, que consiste en un diálogo con los grandes metafísicos que de una u otra forma han abordado este problema; y la segunda, en la que se explicita detenidamente el pensamiento del autor. Ambas están profundamente ligadas, debido a que el pensamiento del autor se declara heredero de la filosofía tradicional, especialmente de Platón, y también de la filosofía analítica, siguiendo un camino ya trillado por Russell, Lukasiewicz, Gcach, Hintikka, Prior, Rescher, Castañeda, Priest... En consecuencia, el autor hace gala de conocer profundamente la metafísica occidental, incluso los vericuetos de la escolástica postrenacentista, y de manejar con holgura el análisis lógico. El resultado es una obra densa, profunda, difícil, que resulta extraña en el panorama español actual, y que hay que religarla con la lejana escuela postrenacentista de Zúmel y Suárez.

De Platón se hace una lectura poco usual, una lectura que Lorenzo Peña llama *existencialista*. El no-ser del *Sofista* lo entiende como la alteridad con respecto a la existencia o ser, es decir, lo inexistente; pero no lo absolutamente inexistente, sino lo inexistente que de alguna manera existe, y existe en competencia con el ser (Uno) en todo ente. Y por medio de esa relación dialéctica, ser-noser que todo ente posee, se explican los distintos grados de ser en Platón, desde el mundo de las formas, también penetradas de no-ser y por tanto devenir, hasta el mundo de los seres sensibles y particulares. En consecuencia, toda propiedad existe y todo lo existente posee propiedades; no pueden darse propiedades o esencias sin existencia. (¿Qué tipo de ser habría que atribuir en esta interpretación o la Xora o materia del *Timeo*, totalmente privada de propiedades o inescencial, pero que es?).

De Aristóteles hace Lorenzo Peña una lectura que él mismo llama de *esencialismo aléptico*. Esta lectura la basa en el divorcio que Aristóteles establece entre el ámbito mental y el real, entre la verdad y el ser. Verdad (falsedad) son sólo propiedades de enunciados, los cuales son siempre combinaciones; y la combinación existe sólo en el pensamiento, o sea son afecciones del alma, sin correspondencia alguna extramental, aunque tengan en el estar combinadas ciertas cosas su fundamento. Hay cosas combinadas, pero no combinaciones entre ellas; las combinaciones son sólo productos del pensamiento. De lo inexistente podemos enunciar verdades (falsedades) que se reducen a ser significaciones puras, sin peso alguno

ontológico. Sin embargo, Aristóteles identifica a cada sustancia primera o individual con su propia esencia, para no caer en el realismo de los universales. En este punto, Lorenzo Peña expone como doctrina aristotélica afirmaciones muy discutibles, v. g. la forma, de suyo potencial y universal, es en cambio singular y actual en la sustancia individual (p. 75). Yo pienso que lo singular por obra de la materia es la sustancia, pero dudo que Aristóteles haya afirmado en algún lugar que la forma a se torna singular al unirse a la materia para constituir la sustancia. Si así fuese, y la forma se singularizase al unirse a la materia, no podría entenderse la identidad formal que Aristóteles exige entre la forma sustancial y su sustancia; habría más bien identidad individual o singular. Pienso que tiene sentido hablar de esencia singular de una sustancia primera como lo hace Lorenzo Peña (p.77), como resultante de la unión de la materia y la forma; pero no creo que, en esa esencia, la forma se haya singularizado. Lo que existe es la sustancia primera o compuesto de materia y forma, en la que continúa dándose un elemento en sí mismo universal o forma. En este sentido fácilmente se entiende el texto 1037b 1. Comparto plenamente las críticas a las nociones de materia y potencia, aunque en Platón la *Xora* o materia no es menos contradictoria que extraña.

Sería cosa de nunca acabar seguir con detalle la lectura que Lorenzo Peña propone de los grandes metafísicos y el análisis crítico que hace. Comparto la importancia que Lorenzo Peña da a Avicena como pionero de todas las distinciones y confusiones entre esencia y existencia. Suárez es presentado en toda su importancia, y resulta interesante la interpretación de la *KrV* de Kant de las categorías de realidad y existencia. Lorenzo Peña no tiene miedo a las dificultades, aunque uno no comparta frecuentemente su manera de entenderlas y resolverlas. Es obvio que *El Ente y su Ser* es un libro serio, bien pensado, y que interpela al lector y lo obliga a pensar y repensar los problemas, siempre difíciles, de la metafísica. Posiblemente comentemos en otra ocasión la segunda parte del libro, es decir el pensamiento de Lorenzo Peña en torno al problema del ente y su ser y la lógica plurivalente en que se basa. Esperamos nuevos libros de Lorenzo Peña.

A. Pérez Estévez